

Notas sociales.

Nos habíamos hecho muchas ilusiones, últimamente, al comprobar una verdadera reacción del sentimiento nativo en nuestros más encumbrados círculos... La moda impuso nuevamente los maticos y vetustos muebles de la época colonial, relegados al olvido, y al recobrar éstos su puesto, en estrados y en alcobas, debieron traer consigo el ambiente impalpable en que vivieron sus primitivos dueños... En las encendidas brasas de la enorme y artística copa de bronce, en las múltiples faetas de los antiguos marcos de cristal, allá en el fondo de las viejas arcas de madera, parecieron revivir intensamente los anhelos de la raza, relegados también a los desvanes de los suntuosos hoteles *Renaissance* o *Louis XIV*...

Nos habíamos hecho, pues, muchas ilusiones, y creíamos haber vuelto a la razón, apreciando en lo que vale el refinamiento de las costumbres y todas las bellezas de ciertos idiomas extranjeros, pero expresándonos en el propio, aunque de cuando en cuando pudiera deslizarse en nuestra charla algún término no consagrado ya por el hábito; pero impera aún en ciertos círculos la misma debilidad... y prueba de ello ha sido últimamente una elegante invitación, en la que se leía el nombre genuinamente criollo de una de las más encantadoras y gráciles figuras de nuestra sociedad, traducido al francés... Existe, indudablemente, el sentimiento de reacción a que me he referido en los primeros rengones de esta crónica, puesto que se ha comentado el caso, en vez de aprobarlo calurosamente como habría acontecido diez o veinte años atrás. ¿No es así, lectoras mías?

Jamás olvidaré el dicho de una interesantísima matrona porteña, — una de las bellezas de mi tiempo, — que, después de haber residido muchos años en el extranjero, respondía a mis críticas de porteña empecinada: «Yo hasta *rezo* en francés...» No me aseguró que fuera más chic dirigirse a Dios en lenguaje diplomático; pero suelen haber casos en que sería mejor prescindir de ese chic, sobre todo las que no aprendieron el francés de niñas, y que, en su afán de alcanzar ese barniz del buen tono, se exponen a más de un ingrato percance... El caso es, que al recordar al francés de algunas amigas de antaño, que lo hablaron de afición, no puedo menos de dedicar a las chiquillas del día el cuento de uno de esos ingratos percances: Recibía en su hospitalaria residencia del barrio del Norte, una de las figuras más representativas de nuestra alta sociedad, dama de cierta edad, soltera, que sabía reunir en derredor suyo los más prestigiosos elementos de la política, elegantes y espirituales mundanas, y especialmente a todos los ministros extranjeros acreditados ante nuestro gobierno; el francés era de rigor en estas ocasiones, y la dueña de casa debía hablarlo a toda costa; así fué como una noche en que autorizó a fumar en presencia suya a un conocido diplomático, muy enfermo y achacosos, notó que el criado que servía el café no le había puesto el cenicero al lado de la tacilla, lo que la indujo a ordenar con vibrante acento: — *Apportez les cendres de Monsieur le Ministre!*

— *Pas encore, Madame, s'il vous plaît.* — fué la rápida protesta del aterrado y aprensivo anciano...

Pero me parece que es tiempo ya de volver a la vida que a ustedes interesa, amigas mías, y olvidar las historias de mi tiempo, ¿no es así? Empieza ya, para ustedes, la verdadera season; la elegante recepción ofrecida por los esposos de Urquiza-Anchorena en su magnífica residencia de Olivos, ha iniciado la serie de fiestas esperada por ustedes con tanta impaciencia... y ha sido ésta, en realidad, un acontecimiento brillantísimo; excusa decir a ustedes, lectoras amigas, que llegué a Olivos con la intención de tomar una taza de té en agradable compañía, y volver a casa antes de las seis de la tarde... eran las diez de la noche cuando llegábamos a nuestro home, con mi rubia compañera, tan encantada de su tarde, que no pude arrepentirme por la incorrección cometida, en muy buena compañía por cierto, pero incorrección, puesto que nos dejamos

ESOS OJOS...

Para CARAS Y CARETAS.

Esos ojos... Yo quiero esos ojos
que tuvieron piedad de mis males...
Astros en mi cielo, luz en mis enojos,
motivos de llantos y de madrigales.

Yo seré su dueño.
Les daré por siempre mi vida y mi sueño.
Lograré para ellos, todas las venturas
que acaso me cuesten enormes esfuerzos.

Bañaré de ilusión mis locuras,
llenaré de sonrisas mis versos.
Esos ojos... Yo quiero esos ojos.

Esas dobles ternuras de luz...
Estrellitas claras sobre mis abrojos,
astros de mi cielo, clavos de mi cruz.

GUILLERMO SARAVI.

estar hasta un límite que no estaba de acuerdo con la hora fijada por la invitación; convengamos en que a esta clase de fiestas debe llegarse a la hora indicada por los que tienen la gentileza de abrirnos su casa, ofreciéndonos una hospitalidad tan amplia como suntuosa... y que para corresponder a ella como se debe, sería oportuno recordar que la buena educación exige el ser puntuales... Mientras veía desfilar ante mis ojos aquel bellissimo grupo de invitadas, que no cesaron de llegar hasta después de las seis de la tarde, pretendí orientarme y saber, a punto fijo, cuál ha de ser en esta temporada la nota predominante de la moda... no hemos adelantado mucho, me parece; se asegura que la moda europea se hace cada día más sobria, casi podríamos decir *más severa*... ¿Será tal vez por ello que se han desterrado a Sud América todas las originalidades? Sólo el encanto juvenil de aquel enjambre de deliciosas criaturas, podía triunfar de las nuevas exigencias de la moda, con sus caprichosos jirones de tul, con sus extravagantes sombreros... felizmente, como compensación a tantas innovaciones, me he convencido que esta vez va de veras, y que las faldas se alargan y se estrechan... Así pudimos admirar esa tarde la gallarda figura de Manelita Lloveras, que llevaba traje negro, bordado con fantásticas flores de oro, atavío que realzaba su serena belleza; la gentil dueña de casa, Mercedes de Urquiza, vestida de blanco, era una de las más elegantes siluetas de la fiesta, como también la de Celia Sommer, rodeada constantemente de admiradores; Marta Flores Pirán, bellísima, fué una de las elegidas de la tarde... y segura estoy que no hubo ni una sola que no fuera agasajada... pues el entusiasmo del elemento joven supo secundar admirablemente la obsequiosidad tradicional de los dueños de la casa. Se bailaba sin descanso, y pudimos comprobar, las que presenciábamos aquel brillante cuadro, que sólo cuando la orquesta hacía oír algún cadencioso tango, disminuían las parejas... y ese detalle, tan nimio en sí, fué la mejor prueba de la exquisita distinción de aquel ambiente...

Y ahora, lectoras amigas, a hacer vida social, pues se inició el acontecimiento más esperado por ustedes: la temporada del Colón...

La dama dueña de.